

LADISLAO GRYCH

LA VIDA DEL CORAZÓN ⁽⁴⁷⁾

Esta vez, acompaño a un retiro para religiosas; entonces, reflexiono sobre la mujer en el Evangelio y en la Vida de Jesús; no quisiera dar charlas de los libros, sino más bien me dejo llevar por las vivencias, por lo que me inspira la Palabra; y si las reflexiones se despiertan en mi interior, deseo llegar a la misma altura en las que me escuchen; es mi deseo y podría ser una Gracia a la vez.

1. INTRODUCCIÓN

Si quisiese definir la vida religiosa, usaría la palabra amor; es que no hallo otra manera para poder expresarme, sino vivir el amor y aún desearlo en la profundidad del corazón.

En realidad, es hacer el camino con Jesús, y crecer cada día; si lo habíamos hecho alguna vez, aún sigue vigente; es poder vivir el amor de modo fresco, como cuando la vida renace.

¿Cómo hablar del amor?

La gracia nos viene de Jesús, Quien se anticipa; a la vez, es hablar del deseo que renace en la profundidad de nuestro ser; pero las dos gracias se unen como hundiéndose en el Señor; si Jesús desea que nos abramos en la profundidad de nuestro interior, Él se injerta; y hay que permitir que el injerto asuma a todo nuestro ser transformándolo.

¿Adónde nos lleva Jesús en el camino de la transformación, hasta que Él nos transforme desde el injerto?; es que su amor resurge en nuestro ser, y tan solo debemos estar atentos para acompañarle en su tarea.

¿Qué camino de los cambios proyecta Él, en la vida con esas luces y con esas sombras?; es interminable la obra del Señor en un mundo tan complejo como somos nosotros, pero igual Él siempre nos sorprende con su Gracia.

Uno de los deseos más grandes, que se despierta en nosotros, es la gracia de amar a Jesús; es el deseo que sostiene nuestro llamado y la respuesta al Señor; luego de descubrir el amor de Jesús, tan incomparable, que llega de un modo profundo, hasta diría humano, empezamos a abrirnos con lo que somos como estirando nuestro corazón; y en el deseo que nace, está como la semilla de un crecimiento que no tiene límites.

La gracia de amar a Jesús puede llevarnos muy lejos, cuando enfrenta lo que es nuestro amor limitado; aún no sé si va a ir

destruyéndolo, sino que más bien, lo va a ir transformando en medio del nuevo Proyecto; en el amor hacia Jesús, se va a ordenar todo el amor y la vida tomará su plena vigencia.

Es frecuente que los que desean amar a Jesús, pasaron por el abandono, el rechazo, la frialdad y la pobreza en el amor; aún fueron como esos pobres y tristes que deseaban amar, pero no hallaban lo que soñaban en su interior; si el Señor respeta los deseos, ¿qué camino toma en sus vidas?; ¿qué pasa en sus vidas de ansiedad, de dolor?; pues, si deben nacer en el amor, deben resolver sus crisis, ansiedades y desgracias.

¿Y cuánto tiempo hay que vivir para comprender las luchas?; si se trata de una necesidad de amar y de sentirnos amados, hay cierta predisposición para estar atentos frente al amor de Jesús, mientras se despiertan tantos deseos, y aún, la vida se conmueve en su interior; y aún nacen las vivencias que nos asustan, a la vez, hay un deseo de amar a Jesús; pero en ese camino de luchas está el crecimiento en las vivencias.

Hay que analizar mucho lo que es el amor en nuestra vida, para comprendernos y aceptarnos; hay que mirar la vida con los ojos del Señor; es que la vida es mucho más de lo que pensamos; el corazón aún debe pasar por muchas vivencias, hasta que sepa amar; por hoy, nos queda vivir lo que estamos viviendo y sufrir; aún nos asustamos, al darnos cuenta de que nuestro amor hacia Jesús es tan limitado; sin embargo, en lo más profundo, seguimos resguardando el deseo de amarlo; y cuando estamos como atados a tanta realidad y a las personas en el mundo, sentimos la necesidad de amar más aún, a Jesús; y es lo que vale.

Me propongo nuevamente en mi espíritu, mirar el amor que rige mi vida; es esa fuerza que me lleva.

La vida sin el amor hubiese sido hueca; y si vivo, es porque está el amor; si no es perfecto ni grande, igual Jesús está con

su gracia.

Él me dice que lo ame más que a cualquier otro ser; no me dice que no ame a los seres, sino que lo ame más a Él.

¿Es su deseo, su exigencia?; ¿qué es?

Nuevamente quisiese alimentarme con el mismo Jesús; y que Él despierte mi vida con su amor, para vivir de tal modo, que su Vivencia vuelva a todos mis seres, a toda la vida.

Pero antes, que Él inunde a todo mi ser; que pueda vivenciar esa gran gracia de amar sintiéndome amado; amando a Jesús por sobre todas las vivencias.

2. DEJARSE MIRAR CON LA MIRADA DEL SEÑOR

a. EL SILENCIO

¿Cuánto tiempo necesito para que el silencio se transforme en una gracia en mi vida, y que no sea forzado ni molesto?; es que debo recorrer el camino, mientras me cuesta buscar el silencio, aún huyo del mismo y me distraigo a cada rato, pues mi mente y mi corazón quieren irse a cualquier cosa.

¿Cuánto tiempo necesito para que el silencio se transforme en una gracia, de tal modo que lo busque y lo espere?

Mientras lucho por lo cotidiano, mi vida está encaminada y tan sólo sigue; aún no sé si lo que hago, es lo que debo hacer; sin embargo, la vida aún sigue reclamándome, y cuando me canso no sé adónde voy llevándola.

No me detengo, mientras hay tiempo para arreglar mis cosas, aún con menos gastos; parece que intento hacerlo cuando la vida no marcha más, y me quedo en algún rincón de la ruta, lejos de la casa, cansado, sorprendido; pero entonces también es un buen tiempo; es la hora del Señor en mi vida.

Una vez, suelen frenarme la enfermedad y el cansancio; otras veces, me detienen la incomprensión, el abandono, aún las pérdidas y las distancias; son esos momentos que me hacen quedar conmigo mismo; a pesar de que el encuentro con mi realidad viene doloroso, igual es bueno en mi vida.

No obstante, debo esperar para comprenderlo; de este modo, mi vida se renueva desde la fuente.

El silencio exterior ya es el inicio en medio de un cambio; al principio parece muy molesto; es que, al cambiar de lugar y al abandonar por un tiempo las preocupaciones, nos sentimos incómodos; hay algo que nos pasa y lo queremos calmar de

algún modo; pero, ¿cómo?; pues, hay que aceptar ese tiempo de inquietud, de ansiedad.

Se podría comparar ese tiempo, con un modo de podar o de cortar las ramas, por más que fuese por un rato; es que la inquietud interior promueve con cierta fuerza, a las actitudes acostumbradas que me molestan y quizás, inquietan más aún; también, la debilidad está más atenta dentro de mí; mientras mi mente y mi corazón quieren volar por lo mío, mi vida se detiene como si estuviese atada y sostenida; entonces, a cuánta paciencia, a cuánta fuerza debo hallar para quedarme en paz, y no rebelarme contra lo que me pasa; cuánta fuerza que vendría del Señor.

A la vez, lo que viví de un modo oculto, escondido, aparece delante de mí; en otro tiempo, no había esa posibilidad, para que se abriese mi ser, pues, mis actividades aún frenaban el proceso de la apertura en mi interior; hoy, me detengo y mi interior quiere abrirse; es esa gracia del Señor.

Entonces, puedo entender que es el tiempo del Señor; a pesar de que necesito esperar hasta que se abra mi ser; si no me he acostumbrado a vivir lo que llevo por dentro, el corazón no quiere abrirse y se asusta; y es como si estuviese atado en su interior, casi encerrado.

Ahora se abren las puertas, pero hay que esperar; y a veces, el pájaro necesita su tiempo, hasta que se dé cuenta de que es su hora para salir; mientras tanto, se asombra, porque puede hacerlo.

Cuántos conflictos míos están como encerrados en medio de mi oscuridad y de mi dolor apagado; pero ni siquiera el dolor reclama a que les dé alguna importancia a mis conflictos.

Cuántos problemas pasaron por tantas transformaciones, que se quedan enterrados y estoy lejos de ellos; sin embargo, son

como las raíces en mi orden de la vida aún más conflictiva y más enferma; y quizás, me quedo frente a una realidad que ni siquiera sé por dónde comenzarla; y ahora debo hacerlo, pues si lo hiciese más tarde, debería enfrentar otra realidad aún más dolorosa.

El silencio me lleva a ciertas soledades que son mi herencia; me conducen a ciertas angustias que no son nuevas; a cierta desesperación, a cierto cuestionamiento; pero es todo por mi bien; entonces, no puedo huir del silencio lleno de dolor, de gritos, en mi vida; y cuando sé que lo necesito, es distinto el silencio; lo comprendo por mi bien; recién hoy lo acepto.

b. LA MIRADA DE PAZ

Es cierto que me cuesta mirarme a mí mismo; y cuando me toca hacerlo, voy postergando, prefiero estar en otras cosas y lejos de lo mío; ¿por qué es así?; ¿qué es lo que me limita y me frena?: ¿acaso sé explicarlo?
Sin embargo, llega la hora cuando no puedo huir más.

¿Por qué huyo de mí, y prefiero caminar lejos de mi vida, de mis dudas y mis miedos?; ¿acaso, me salvo de ese modo?
No creo que sea así; si me salvo hoy, mañana me encontraré con una realidad aún más compleja, más dolorosa.
Sin embargo, aún no quiero tocarla en medio de mi vida.

El silencio acompañado de paz, siempre ha sido un tiempo justo para ir abriéndonos en la profundidad de nuestro ser. Entonces, todo viene; de repente, van surgiendo las vivencias que estaban durmiendo en nuestro interior.
¿Por qué hablo de la paz?; es que la necesito; en otro caso, voy encerrándome una vez más.

Hablamos de Jesús, queremos ver su mirada plena de paz y

de bondad; sin embargo, qué difícil es verlo; y qué difícil es encontrar a los seres que podrían ayudarnos a ver a Jesús, a los que tendrían de su Rostro, de su Corazón; y si estuviesen caminando, hasta nos costaría creer que es justo su modo de mirar, de sentir.

Es cierto que Jesús impacta; y Él sorprende más aún; pero preferimos quedarnos con nuestros juicios y aún sentirnos juzgados, rechazados y despreciados; porque nos cuesta creer que alguien pueda vernos de modo como Él.

Luego de un largo tiempo de esas miradas llenas de juicios, quizás, es la primera vez que alguien nos mira como Él; ¡y cómo nos sorprende!

No sé si alguna vez, me encontré con el hermano que no me juzgaba ni castigaba con su mirada; es que, al poder ver su corazón, podría presentir su pensamiento pleno de respeto y de bondad, sin juicios; si fuese así, sería muy grande, creo que inolvidable; quizás, por primera vez en mi vida, se me abriría la luz cómo podría ser Jesús, si se hubiese detenido ante mi vida; es que encontraría a un verdadero Jesús.

Entonces sí, no tendría necesidad de esconderle nada; es que se abriría mi corazón con lo que es; y es cierto que seguiría viendo mi miseria, mi debilidad, mi confusión; sin embargo, no me sentiría tan mal, al contrario, compartiría con él; si es que mi vida se abriese en medio del dolor y de la vergüenza que pesa desde hace tiempo, se calmaría en esa mirada; sería un tiempo extraño, misterioso, muy grande en mi vida.

Entonces, me iría dejando más aún, atrapado por esa mirada de corazón tan misteriosa, tan del Señor; mi corazón se abriría aún más, y no escondería nada; de repente, desearía decir todo y abrirse plenamente; pues, luego de una noche oscura, vendría el sol y abriría la vida.

Cuántas veces más, vuelvo a ese encuentro tan misterioso; es que mi vida va volviendo; van apareciendo nueva realidad y el dolor que están en mí.

Mi vida es aún como un pozo que mana con su dolor, con penas, fracasos y miedos; y aún, se va entregando al Señor.

Sigo aprendiendo que, con esa gran mirada de Jesús, debo quedarme para siempre; no puedo quedarme sólo.

Él está y siempre me mira igual; me dejo mirar y abrir; así voy caminando con Él; gracias, Jesús, mi Salvador.

c. AHORA, HAY QUE ESPERAR

Esta tarde, luego de pasar un día más con Jesús de las vidas, quizás nos quedamos con algunas sorpresas; a lo mejor, descubrimos que en tantas partes no sabemos mirarnos bien ni con respeto; si lo hemos visto, es una gran gracia; aún, agradezcamos al Señor por ella.

Ahora hay que esperar, es que así debe ser; el tiempo nos hará volver a la realidad; nos hará ver cómo la luz del Señor entra en la oscuridad y en la confusión; con tan sólo mirarnos con el Señor, la vida cambia; si hoy, presentimos el cambio, algún día, se hará una realidad.

Nos cuesta creer que la vida renace con la mirada del Señor. ¿Cuánto tiempo hay que experimentar esta gracia?; es que nos cuesta atrevernos a vivirla con el Señor; si decimos que nos miramos de este modo, aún falta vivirlo.

Nuestra vida está llena de las miradas que no tienen nada que ver con la del Señor, que nos tocan como alfileres, que nos hieren; en cierto sentido, nos llevamos por las mismas.

Hoy rigen nuestra vida, son muy fuertes; nos dominan y no

sé si tenemos la plena conciencia de ellas.

¿Cuánto tiempo me llevará aún, hasta que la mirada de Jesús supere mi corazón muy perturbado?; es que mi mente y mi corazón no se atreven a arriesgar, y están en medio de una corriente que me lleva.

Entonces, ¿cuánto tiempo necesito hasta que me mire y me contemple según lo que nace en mi corazón?

El Señor me dirá; me veré con mis ojos que serán suyos.

Me guiaré por mis miradas con Jesús, las que me llevan a mis hermanos, mientras sean respetuosas y comprensivas; serán parte de mi corazón que comprende y ama.

Entonces, veré que serán parte del Señor de mi corazón; por las miradas me reconoceré, lo verán mis hermanos; todo será un milagro del Señor.

Esta tarde, después de pasar un día pleno del Señor, quisiese envolver con su mirada, a mis hermanos; es mi intención, mi gran deseo; que sea el clima de nuestro día; ojalá veamos esa gracia; el Señor desea que la sintamos y, de este modo, aún vayamos ayudándonos mutuamente.

Con el deseo de llegar con la mirada del Señor, vivamos esta Eucaristía, y cuando nos acerquemos a la mesa del Señor y comamos de su Pan, pidamos por esta gracia; pues, el Señor hará milagros, y lo verán todos.

¿Será que podamos vernos como debemos ver?; ¿será que, quizás, por primera vez, podamos ver a los hermanos por medio de Jesús?; y si ellos lo ven, será una gracia inmensa.

3. EL CORAZÓN PURO

a. ¿POR DÓNDE COMENZAR?

Suele decir Jesús que, si el corazón es sano, toda la vida y las actitudes son sanas; es un camino correcto en el desarrollo y en el crecimiento; desde el corazón, la vida se expresa como una prolongación; en realidad, lo que vivimos es la apertura del corazón.

La vida debiese ser como una corriente del amor que mana y crece; es el amor que fluye en todas las expresiones, como el agua que entra en tierras y por dónde llega, la vida se abre; quien no lo ve, es porque no quiere ver.

El instinto de cada ser lleva por ese camino, de buscar su vida como una fuente del amor; y Jesús, cuando habla del amor, ya está en sintonía con los deseos más profundos; por eso, su modo de hablar es tan próximo al hombre; y su lenguaje es comprensible, a pesar de que vemos a aquellos que aún enfrentan su modo de hablar pleno de vida.

Si estamos con el deseo, el mismo se abre su propio camino; entonces, la vida aún podría ser, en algún momento, como golpear la roca para que brote el agua, y que mane para llenar el desierto y los espacios de nuestro ser y de nuestras luchas. ¡Qué distinta es la vida, cuando el agua mana y tan sólo hay que esperar a que llegue!
¡Y que nunca falte el agua en nuestra vida!

La obra de Jesús consiste en golpear la roca, y en insistir; si es que su misión es respetuosa, casi silenciosa, comienza por enfrentar a nuestro ser, hasta que se despierte el amor, y que mane el agua.

Alguna vez, ¿sentimos que Jesús despierta nuestro corazón?

El momento de despertar es de una gran conmoción; la vida se siente tan tocada que sólo le queda responder; y no es un momento fácil ni un simple paso en la vida.

¿Qué pasará con ella, qué la espera?; sin embargo, hay una luz que nos dice que hay que seguir.

Cuando se despierta el amor, tan sólo hay que seguir.

No importan las luchas ni las guerras; es que se juega la vida.

Quien abandonase esas luchas, se quedaría muerto para vivir de las nostalgias en un mundo perdido.

Hay que jugarse por el amor que Jesús despierta en nosotros.

¿Por qué tantas luchas?; es que la vida se había quedado en medio de la confusión y la oscuridad; al encerrarse en medio de lo humano, había perdido la fuerza del Señor.

No es que lo humano ya no tenga ningún valor, pero es que había perdido su Vida que viene del Señor.

La vida sin el amor, es como aguas turbias en tierras llanas; a veces, es como si no tuviese ninguna fuerza, como el agua de un mar muerto; por donde miramos, vemos muertes, ya no crece ningún árbol ni uno solo; es esa vida sin el amor, por más que hiciese un gran esfuerzo y tuviese cierta efectividad y producción rentable.

¿Qué vale esa producción, si no tiene vida?; aún me asusto cuando pienso que eso me hubiese podido pasar.

Jesús sigue golpeando la roca de mi corazón.

Entonces, de la roca podría brotar el agua; y el agua podría recorrer mi tierra muerta y triste; la presiento en mí.

Aún, quiero dar la plena libertad a Jesús, a su Agua de Vida, y Él seguirá llegando; aún deseo respetar su tiempo.

Pues, el Agua Pura brotará para siempre en mi corazón; si no la intuyo hoy, algún día lo será.

b. NACE EN EL CORAZÓN

Jesús preguntó por el corazón; le inquietaba su vida, a dónde llegaba, con qué fuerza.

Aún deseo detenerme en el camino del corazón, contemplar su fluir; quiero ver esta corriente, mirarla y sentirla.

Es bueno analizar las expresiones, pues parten del corazón; aún aquellas que parecen sin vida, surgen en el interior; pero, si el corazón está sin vida, ¿qué podrían llevar las actitudes?; ¿y qué fuerza buena podrían tener?

También, habló Jesús de las vivencias malas que partían del interior; y a veces, el hombre corta las ramas y el tronco, no obstante, las raíces quedan fuertes; tan sólo los insensatos no se dan cuenta de ellas y algunos, las esconden; y las mismas siguen manifestándose, y hasta se fortalecen en el tiempo del olvido y del descuido.

En la medida en que me dejo mirar por la gracia del Señor, me veo cada vez más, en mi corazón; aún miro la maldad, no tan sólo por lo que se expresa, sino que la veo en sus raíces, en su fuente oscura; entonces, veo a la necesidad de Jesús, que Él llegue a lo más profundo de mi ser; aún comienzo a sentir la urgencia de su salvación.

En lo más profundo de mi vida, resurgen los sentimientos y pensamientos tan distintos; quizás, quisiésemos esperar una realidad, pero nace otra.

Entonces, ¡cuánto necesito a Jesús para que transforme mi corazón!; es que Él debe llegar a las raíces de mi ser; y si no llega, mi vida sigue aún esclava; así lo veo, como esclavo de mi debilidad, de mi vida que nace cada día en mí.

Quizás, pido al Señor la gracia, para cortar mis debilidades, y

voy podándolas con su bendición; aún no sé si se debilitan, o crecen más en sus raíces.

Quizás, van fortaleciéndose; y me asusto, al darme cuenta de que las raíces podrían llegar a ser más fuertes; me preocupo, al pensar lo que sería mi vida.

Las crisis humanas tienen que ver con ese esfuerzo cotidiano que no logra vencer la debilidad en las raíces, y que se van quedando, fortaleciéndose, mientras la vida se desgasta.

Algún día, no tiene fuerzas o no le importa, o se confunde de modo, que se entrega a su debilidad; y eso suele pasar en nuestra vida.

A lo mejor, serían para nosotros, nuevas oportunidades para ir llegando cada vez más hondo, a nuestro corazón.

Creo que cuando la crisis es grande, el hombre por un lado está más disperso, a la vez, aguarda la necesidad de volver a su interior; algún día, se detiene en la profundidad de su ser, y si encuentra a Jesús, será un gran día.

Cuando el hombre llega a lo más profundo de su ser, halla al Señor y presiente la necesidad de Él; pues así debe ser, así lo es en nuestra vida.

Hay debilidades que quizás, se quedan para siempre; vamos a sentir sus profundas raíces y a buscar al Señor para que nos vaya salvando.

Hoy, quiero agradecerle por las debilidades que me llevaban a Jesús, pues por ellas, lo encuentro en mi corazón.

Y Él estaba en mi interior, frente a mí, en medio de mi vida.

c. SIGO SOÑANDO

Esta tarde, que es del Señor, vuelvo a soñar en mi corazón ya renovado por Jesús, luego de las luchas, de tanto dolor.

Con ese deseo quisiese quedarme delante del Señor ya para siempre; es el gran deseo de mi vida.

Los deseos más profundos proyectan nuestra vida.
Despiertan fuerzas para crecer, colman de paciencia.
Siempre levantan la mirada hacia el Señor, de donde llega la salvación en un tiempo oportuno.
Son esos deseos sagrados, sembrados en el primer instante del encuentro con Jesús.

Esta tarde, levanto mi mirada hacia la Inmaculada.
Su corazón es tan puro como no hay otro entre los humanos.
Ella se deja ver sonriendo; es como si me invitase a pensar:
¡qué bueno es para ti, que me miras la pureza del Corazón!

En Ella, el Señor renueva la imagen de la Vida, antes de que nazca Jesús, de que sea anunciado, y que Ella diga que sí.
Ella, la mujer entre las mujeres, pues en Ella, el Señor sigue renovando los corazones.
Entonces, ¿qué quiere decirme Jesús, si soy parte en la obra del Señor?

Cuántas mujeres no lo quisiesen ser.
Cuántos padres preferían ver a su hijo varón.
La vida no siempre nos pone a la altura de los valores; y por eso, el mundo sigue su propio camino con sus medidas.
Hoy, quiero volver a los valores del Señor, mientras miro la imagen de la Mujer con el Corazón puro; aún quisiese verlo y sentirlo en cada corazón de la mujer que camina en medio de este mundo.

El corazón puro de la mujer, es como iniciar el crecimiento; si es como un misterio, a la vez, se lo percibe, se lo ve.
Del Corazón puro brota la vida en abundancia, antes de que María diga que sí, y que nazca Jesús.

Entonces, hay que valorar al Señor en el mundo.

Miremos los valores con los ojos del Señor.
En los tiempos de las decadencias, los valores son al revés;
cuando se los destruye, lo que era muy importante, está más
destruido aún.

Quiero dar gracias al Señor por cada mujer, por cada gesto,
por lo que trae su vida hacia mí, que viene del Señor.
Hoy, en ella, trato de comprender los gestos y el corazón.
Si su Corazón se agranda, no sé hasta dónde puede llegar en
mi vida.

4. LAS TINAJAS NO SE QUEDAN VACÍAS

a. LA MISIÓN

El Evangelio trata de la mujer en la vida de Jesús, como en el caso de María, de otras Marías y aún de otras mujeres, y no lo ve como complementario, sino que más bien, la actitud de la mujer entra en la misión de Jesús, está asumida como muy importante; parece que su misión sin la mujer no hubiese sido completa; digo parece, es porque no quisiese arriesgar mis expresiones ni que fuesen apuradas, sino que sirviesen en la reflexión que quiere nacer del corazón inspirado, y aún desea expresarse instintivamente.

Una parte del servicio, importante en la vida de Jesús, nace del corazón de la mujer y es propiamente de ella; y no es tan sólo que Jesús tiene a su madre; en toda la misión aparece la mujer en el lugar de la mujer, y Él la asume con naturalidad, la necesita y la pone en medio del Proyecto, de su Obra.

Así viene la madre, y Él la necesita; se ve que la necesita. Los padres lo ofrecen en el Templo y ella está allí. Mientras Él se pierde, ella lo busca; y cuando lo encuentra, le reprocha. Luego, ella le sigue; pues cómo no seguirle si Él la espera.

Está ella, mientras Él sigue enseñando; aún reclama su lugar y siempre lo tiene. Le sigue hasta el fin; y cuando le ponen los clavos en las manos y los pies, ella está como clavada en tierra, parece para siempre.

Vemos a la mujer, mientras Él está en la boda; justamente, su madre se ocupa de las cosas necesarias. ¿Qué haría Él sin ella?

Si ella no hubiese estado, quizás habría encontrado otro ser, quizás una mujer que intuiría las circunstancias, sirviendo y retirándose a tiempo.

Hay otras mujeres que le acompañan; algunas de ellas, hasta se acuerdan de su madre, la bendicen.

Él sabe verlo y expresarlo en su enseñanza, a la imagen de su madre; Él, feliz con los felices.

¿Por qué le acompañan, qué es lo que hacen?

¿En qué consiste su misión, el servicio de mujer, de madre y de hermana?; ¿qué espera Jesús, de ellas?

Son las preguntas que nos sirven, mientras Él enseña en las plazas, frente a nuestro pueblo.

¿Qué espera de ellas, en nuestro tiempo?

Hasta tiene amigos y son ellas, aquellas de Betania.

¿Cuánto tiempo, Jesús está en la casa de los amigos y ellas, escuchándolo, atendiéndolo?

¿Cómo no intuir aquellas vivencias?

Seguramente, no todos lo comprenden; quizás, algunos se escandalizan y otros no saben qué decir.

¿Y la Samaritana?

Hasta los discípulos se preguntan por ese modo de compartir con ella, con alguien que no pertenece al pueblo; pero Él está sereno, en su lugar.

¿Qué decir de María de Magdala?

Hablan los fariseos y quizás, otros también; pero ella será la primera en verlo, luego de la Resurrección; no serán Pedro ni Juan, sino ella.

Mientras Judas proyecta la traición, otra María unge los pies a Jesús, antes de su muerte; no es un gesto más; vale más que un gesto, en el camino de Jesús hacia la Cruz.

Ella lo sabe, Él lo comprende y los demás se extrañan, hasta se escandalizan; y todo toma su sentido real, como debe ser.

b. LA SEMILLA Y LA TIERRA

Contemplo a la mujer; aún vuelvo a la naturaleza, a la tierra; mi pensamiento vuelve por lo que intuye mi corazón; lo que no sabría entenderlo, es tan real en medio de las vivencias. ¿Qué es lo que sigo percibiendo, aún viviendo?

¿Qué es la tierra para la semilla que cae de los cielos?

¿Qué misión cumple?

Si bien, la semilla es del Señor, la tierra la acoge.

Y si la tierra es del Señor, la acoge con más razón.

¡Qué vida se proyecta en este encuentro!

La tierra del Señor acoge su Semilla.

Y la tierra estaba plena desde antes; no es una tierra vacía; aún, contiene el alimento para que la Semilla crezca, se haga grande y de frutos.

El gran movimiento de la Vida viene del Señor; una vez, de la tierra y más aún, de la Semilla; cuando logren unirse las dos, ¿adónde nos llevará el Señor?; es lo que quisiese vivir en mi corazón.

Si les invito a contemplar esas imágenes, es porque de algún modo, la realidad se refleja en la vida de cada mujer.

Ella tiene lo propio de la vida y creo que lo intuye, lo vive, lo contempla en su corazón.

Entonces, que se deje llevar por sus vivencias; pues así, el Señor crea su Obra con el consentimiento de la mujer.

La vida viene del Señor; Él es protagonista, y la imagen de la mujer entra en su Proyecto.

La Mujer es la Tierra del Señor; si Él la cultiva, la cuida y

cuando logra un buen tiempo, aún siembra la Semilla que renueva a la Tierra y al mundo entero.

Creo que algo de eso ocurre en el corazón de cada mujer, si lo acepta y lo asume.

El Señor nos dice cómo preparar nuestra vida, en su tiempo, según su modo; es lo que podemos vivir compartiendo.

Él prepara nuestro corazón, para que entreguemos nuestras fuerzas en el proceso de la preparación.

Cuando llega la hora, siembra la Semilla; es un gran día en la vida de la tierra y en nuestra vida.

La obra del Espíritu es como anticipar la Venida de Jesús.

El Espíritu renueva la Tierra que es del Señor; es lo que vivo, lo que espero, hasta que la Tierra halle su destino.

Si nos dejamos llevar por el Señor, nuestra vida llegará lejos en el camino de la transformación; y cuando venga Jesús, la Vida llegará más lejos aún.

¿Hasta dónde la lleva Él?

Jesús está desde el primer respiro de nuestro ser, en todo el camino de la vida; y es como aún más presente, cuando se injerta con su Vida y su Grandeza.

Luego de mucho tiempo de caminar con Él, mi vida asume el Injerto, y se pone a su servicio.

No sé si mi vida ya está para recibir el Anuncio que me trae el Ángel; pero el Señor hace milagros, aún más allá de mi vida; sin embargo, no sé si mi vida está preparada para Jesús; es mi reflexión que me hago sinceramente, y quisiese estar en la Obra del Señor.

Entonces, es mi deseo que sigo viviendo; pues veo a María y al Ángel que la espera; y si veo mi vida, aún espero el acontecimiento, esta vez, en mí; sigo esperándote, Señor.

c. LA TRANSFORMACIÓN

Las tinajas de barro siguen esperando.

¿Hay alguien que las llene de agua?

Si las hay, ¿quién va a decir que las llenen?

Mi vida espera el momento; si es que una vez, el Señor llenó el barro, soplando la vida, ahora sigue sosteniéndola en el tiempo suyo.

Las tinajas aún siguen esperando; ¿quién va a decir que las llenen?

Se llenan las tinajas que antes eran vacías, como sin vida.

Si no están llenas de agua, ¿para qué sirven?

Su vida es estar plenas; el barro se mantiene mejor, mientras lo humedece el agua, llenándolo.

¿Quién vino de parte del Señor para llenar mi vida?

Él hasta eso previene; de otro modo, ¿por dónde me quedaría y con qué?; ¿no estaría quebrado y tirado por cualquier lado?

Pero, ¿quién vino de parte del Señor para llenarla con agua?

Jesús habló del Agua viva que daba en abundancia; y a esa Agua eleva mi corazón.

Las tinajas llenas de Agua reciben al Espíritu del Señor.

Y Él, luego de la purificación, ¿adónde llevaría mi vida?

Sin embargo, ¡cómo me cuesta purificarme!; aún me cuesta entrar en el Agua que parece fría; en fin, hasta que Ella no penetre a todo mi ser, no seré puro.

Pero me cuesta entrar en el Agua de la Vida.

Tú, Señor, sigues llenando mi vida con el Agua viva.

Luego de la purificación, llenas las tinajas con tu Vida; y la presiento, la veo más, cada vez más.

Mi vida resurge cada día, de ti; aún voy viendo el amanecer tan nuevo; es tu gracia.

Y ahora me sorprendes con tus transformaciones.
Ya no es el Agua lo que veo; ¿cómo lo hiciste?
Tú lo sabes y para mí, es un misterio.
Me sorprendo de tal modo, que hasta quisiese averiguar.
Y si compruebo que es tu Vino, aún sigo averiguando.
¿Por qué soy así?

Sin embargo, eres paciente; y de ese modo, me ayudas para
que mi vida se abra hacia ti.
Ahora, mi vida recibe Vino; entonces, no sería la misma que
con el Agua; y responderá en medio de mi ansiedad, que aún
encierro por dentro de mi ser.

Y seguirás obrando.
No sé a dónde querrás llevarme; me dejas en tus manos como
quien ha tomado tu gracia; ¡que me lleves!
Tú sabes a dónde, y yo me abandono en tus manos; te dejas
mi corazón; es tuyo, Señor.

5. AL SERVICIO DE LA VIDA, PLENAMENTE

a. AL ASUMIR LA VIDA

Comparamos la vida con la tierra, identificándonos con ella; abrimos un camino en medio de la espiritualidad, la que nos trae Jesús.

En el camino nos precede María; es una Tierra fértil, es del Señor, antes de que la Vida nazca y que Ella diga que sí.

No nos humilla ponernos en el lugar de la tierra, pues el Señor la creó, la cuida y la protege.

Él no es un indiferente ni frío, ni quien nos va a usar, sino que cuida la tierra con un amor predilecto.

Es el Señor frente a nuestra vida.

Hay que ver al labrador que besa el suelo, quien acaricia la tierra; y hay que ver al Señor frente a nosotros.

Tantas veces, Jesús habla de su Padre y de la Viña; pero a eso hay que ver en la tierra del Señor, en nuestra vida y en la Comunidad.

Mientras camino por la tierra, me siento parte del mundo del Señor, quien pone su mano en su Obra, en mi vida.

Él me lleva por el camino donde no estoy solo, sino más bien como enamorado de Él, en el sendero del Sol y del Señor.

Presiento las manos del Señor que están amasando mi tierra, tiernamente; es tan grande lo que vivo.

Él entra en la frialdad de la tierra, con su Calor, con su Aire, con el Agua que es buena, pura y fresca; su tarea es como si fuese amasar el pan, y aún, su levadura lo penetra.

¡Cuántos cambios en la tierra, desde las manos del Señor!
Mientras tanto, Él depura de las malezas que persisten, aún

inquietas por vivir, en una lucha ardua, incesante.
La tierra está llena de esas vidas no deseadas que tan sólo se abusan de ella, malgastándola.
Las manos del Señor tocan las malezas, las arrancan.
¡Cómo sufre la tierra y cómo se esfuerza el Señor!

Luego viene su gracia que fertiliza a la tierra desgastada.
Está alimentada y fortalecida; de esta manera, resurge.
Es una tierra nueva, fresca, con deseos de vivir.
Es otra tierra, es del Señor.

Ahora, mientras me detengo y miro mi vida, a la vez, pienso en Ella, la Virgen; es la mejor Tierra cultivada en los jardines del Cielo.
No sé en qué tiempo, Él iba preparándola; pero es cierto que, con esta tarea, la vida de la Tierra llega a la plenitud.

Al contemplar la Tierra del Señor, mi vida cambia.
En este tiempo, hay muchos cambios que aún no comprendo; pero vienen de Él, cada vez más grande.

Miro la tierra y quiero leer el pensamiento del Señor; en su mano lleva como una perla o un tesoro.
¿Qué es, entonces?; Él me dice que es una Semilla acariciada por Él; y tan sólo espera.
Aún presiento que espera mi sí; cuando le diga, la Semilla caerá de su mano, para entrar en tierra; ¡qué milagro del Señor!

b. EL ÁRBOL Y LA SOMBRA

Me impresiona el árbol crecido, pleno de vida.
Me conmueve la mies que cubre la tierra.
No sé si está protegiendo la tierra o más bien, sosteniéndose en ella, cubriéndola.

¿Y la vida de un hijo que nace en la Tierra Madre?

Cuando la vida es grande, casi cubre la tierra.
Y ella le sirve de sostén, la alimenta.
La vida se nutre de la tierra, del aire; y la tierra se esconde,
como la madre tras la vida de su hijo, velándolo.

Qué camino en medio de la vida y de nuestra tierra.
Luego de la siembra, qué camino para crecer.
Ni siquiera podría soñar en esa vida que sigue levantándose.
Cuando miro mi tierra antes de sembrar en ella, y la comparo
con una vida crecida, cuánto crecimiento.
¿Quién lo sospecharía?

El Señor anticipa en los sueños, ese crecimiento.
Sin embargo, ¿quién le cree?
Aún le decimos que sí, que le creemos; pero nos cuesta soñar
en lo que viene del Señor.
Y Jesús no dice que comprende las dudas, nuestro modo de
ver tan escaso.

Hoy, quiero detenerme para ver ese crecimiento; así como la
madre que se fija en la vida, desde que la semilla había caído
en su tierra; de este modo, quiero acompañar al Señor.
Hay tanto para mirar, hasta para asombrarme.

Soy quien desea recuperar la conciencia del crecimiento.
Por un largo tiempo, yo no iba al campo de mi vida; es que
me he desengañado conmigo mismo.
No supe acompañarte, Señor, ni alegrarme de la vida.
Aún, permití crecer a otra clase de semillas, no a las buenas.

Mi vida se ha hecho un gran campo de vidas, tan diversas.
Hay tanta siembra; mientras me siento tierra y madre, me veo
integrado en medio de mi vida, sirviéndole y sosteniéndola.

María escuchó la Palabra que cayó en su Corazón.
La aceptó y se alegró inmensamente; entonces, el Espíritu selló la Vida con un pacto sagrado.
Se abre la Vida; viene de la Vida plena, a la que será la más Grande; ¡cuánto camino por recorrer!; y Ella lo hará.

Si el Misterio se proyecta inmenso, la mujer es grande por lo que hace; ojalá descubra el destino de la vida.
Si es madre de la vida, es aún más por Jesús, el Hijo nacido de la Madre.

La vida religiosa tiene en cuenta ese aspecto de la mujer, del nacimiento del Hijo.
Si lo encuentra, se realiza, se sublima y se transforma; es que la misma vida la lleva a la transformación.

c. SIENDO FELIZ

Si hemos reflexionado sobre la vida del Señor en nosotros, es porque el valor está en lo que vivenciamos.
Hay que lograr vivir y ser feliz; pero no es tan sencillo.

Cuántas veces, me detengo para mirar el crecimiento de una planta, y escuchar el canto de un pájaro en libertad; y no me detengo frente a mi vida.
Hay tantos motivos, tantas causas; pero más allá de verlas, lo que importa es lograr sentir la vida y el crecimiento.

Al sostener las vivencias de culpas y de miedos, de penas y de tristezas, la vida se marchita y se pierde.
Las tristezas nos encierran, las culpas nos trastornan; y las penas apagan la poca vida que presiente el corazón.
¿Pero cómo enfrentamos esa corriente tan adversa?

No es fácil revertirla ni es fácil saber cómo hacerlo; incluso, cuando hablamos del camino que debemos recorrer, la fuerza de la palabra parte de nuestra vida.

Al vivir el cambio en medio de la Gracia, podemos esperar a que la Vida se afiance, y que el Señor obre plenamente.

En medio de las vivencias de Jesús en nosotros, comienza su obra en los hermanos; y es como preparar la tierra y luego, sembrar la semilla y aún, esperar a que crezca.

La verdadera experiencia nos ayuda hallar lo necesario para poder expresarnos.

Nuestra Vida nos permite ver el camino de los cambios y de las transformaciones que parten de la tierra y de la semilla, en el camino tan misterioso; al vivirlo, comprendemos a los hermanos, y sabemos por qué flaquean y aún dudan.

Quien hizo el camino desde la tierra hacia la vida y luego, hacia la Vida de Jesús en medio del ser humano, y logró ver el crecimiento, ya es maestro y sabe guiar.

Quien lo vivió, sabe sembrar la confianza y la seguridad, para vencer las dudas y los miedos; y aún, cuando vienen los fracasos, sabe llevarlos a los nuevos crecimientos del Señor, plenos de gracia.

La vida religiosa tendría que llevar esa experiencia, en el mundo que necesita de guías y de maestros.

El camino recorrido es una escuela válida, no hay otra mejor; y los pasos superados, tienen su valor mayor.

6. LE ACOMPAÑARON

a. ¿CÓMO HACERLO?

¿En qué sentido acompañar a Jesús en el camino?

¿Es una simple ayuda por lo que necesitase, por la realidad del día, por alojarse y algunas cosas más?

Si esa clase de servicios es importante, no quisiese limitarlos ni poner a Jesús como quien necesita ser atendido; pues, Él fue tan austero, casi no necesitaba nada.

El servicio tendría su propio valor, mientras nace del corazón y de una vida entregada; no es tan sólo cumplir con algunas cosas, sino es entregar el corazón.

En esa clase de actitudes, aún más se cultiva la comunicación entre el que da y el que recibe; y en ese caso, el que recibe es el mismo Jesús.

Me gustaría hablar de la comprensión, del sentido, del valor, en medio de lo que viven y vibran los corazones.

Me gustaría ver el acompañamiento que viene del corazón, de la entrega; también, hablar de aquel que recibe, que asume las vidas en el camino de la Gracia.

Las mujeres que acompañan a Jesús, creo que pasan por el camino del reencuentro; al llegar a Jesús, cambian sus vidas o, más bien, Jesús les abre el camino para una vida distinta, realmente nueva.

El acompañamiento supone ese cambio o por lo menos, que ellas están en el camino de crecimiento.

El amor marcó sus vidas, e inició la transformación.

Hablo del amor como una apertura del espíritu tocado por el Señor; es esa corriente que asume la transformación; quisiese decir que el amor de Jesús debe transformar a toda la vida.

Quien se atreve a amar, es porque su vida se despierta; es el amor que recorre el camino del crecimiento aún en medio de los miedos, dudas y cuestionamientos, mientras enfrenta la realidad del hombre que aún está ansioso y tan humano.

Hablamos de la transformación del corazón; es como tratar del camino frente a Jesús; y Él es el Hijo del Padre; también, es el hombre que mira, ama y respeta.

Frente a ese Jesús, el corazón se abre con lo que es; si bien, en el corazón del hombre brota el Agua viva, a la vez, la vida está llena de inseguridad y de ansiedades; por eso, el camino es conflictivo, y aún suele ser doloroso.

La Madre de Jesús y María de Magdala ya tienen distintos modos del crecimiento; y las dos están en el sendero del amor; son imágenes válidas, para poder comprendernos en el camino que nuestro corazón tan sólo intuye; pues si aún nos cuesta arriesgar, es porque la vida es compleja; sin embargo, es tan necesario hacerlo, si no queremos quedarnos muertos en vida.

Quisiese ver el camino de las mujeres del Evangelio aún más allá de la actitud de servicio; si es que servir es sagrado, me interesa intuir lo que pasa en los corazones, y las luchas que se abren; son como si nos dejaran en un suspenso, pero es necesario vivirlas, para crecer.

Si bien se trata de una relación sagrada, los corazones no nos separan de las imágenes que vienen del mundo y de nuestras vidas; por alguna razón, existen esas imágenes para poder sublimarlas; no son para huir del amor, sino más bien para enfrentarlas en medio de la visión con Jesús, donde todo se supera y se transforma.

b. EL ESPOSO Y LA ESPOSA

En la espiritualidad, se encuentran modos para hablar sobre la unión con Jesús; aún se trata del Matrimonio espiritual, del Esposo y de la Esposa; de esta manera, Jesús habla de las jóvenes que esperan al Novio; es la Imagen que vale mucho en nuestra meditación.

Si guardamos la imagen de lo que es la esposa, el esposo y el matrimonio, en algún sentido, transformamos la realidad y la llevamos a un nivel altísimo, como una vivencia espiritual que expresa plenamente el amor, la entrega y la unión.

El llamado a la vida religiosa no es la huida del matrimonio, lo que podría ocurrir por distintos conflictos y por el miedo al compromiso; es que el llamado supone los valores de la pareja y con plena conciencia, por la Gracia, desea llevarlos a Jesús de modo sublime.

El matrimonio es sagrado; la unión entre los dos es grande; no hay que despreciar ni desvalorizar lo sagrado del Señor y aún más, en la hora de las decadencias de los valores; pero hay que saber que, por encima de esos valores aún existen otros más, siempre superándolos y superándose.

En la espiritualidad oriental, hay un camino para aquellos que ya habían cumplido en gran parte con su vida en el matrimonio; es que luego de educar a los hijos aún buscan otra espiritualidad en la soledad de los bosques; diría, hay un camino de alta vivencia espiritual y de la unión con el Señor; en algún sentido, la unión del matrimonio sirve para hablar de la unión con Él, aún más profunda.

Cuánta salud espiritual, cuánta pureza y cuánta vida mana de una vida entregada, mientras asume los obstáculos y guerras

en el camino, que son necesarios; es que, sin ellos, la vida no hubiese podido llegar tan lejos en su entrega al Señor.

El cuestionamiento, por qué no nos casamos ni aún tenemos familia, ni hijos, es muy válido; y las rebeldías que nacen por amar y buscar el amor, tendrán su sentido; todo lo que ocurre tiene valor, mientras se lo contempla en medio de la oración; aún lo vamos descubriendo en medio del crecimiento y de la entrega al Señor.

Hasta los errores y debilidades están dentro del proyecto del Señor que obra en nosotros; pues sin ellos, la vida no hubiese crecido; las luchas, el dolor, la pena y la vergüenza, si están asumidos con humildad, nos sirven para crecer en el camino de la Vida, en medio del Amor y de la Entrega.

Con el tiempo, podemos descubrir las limitaciones; algunos hasta podrían descubrir que no sirven para el matrimonio; entonces, ¿cómo podrán servir para el Señor?; sin embargo, es posible cuando Él obra; es que tan sólo hay que esperar confiando en Él.

Me queda invitarnos a que revisemos nuestro Matrimonio con el Señor; que hablemos con sinceridad con Él, aún sin miedo, mientras analizamos nuestra realidad, orándola. Creo que necesitamos mucha comprensión que vendría del Señor, pues Él nos hace ver todo desde su lugar. Y Él siempre fiel, y nos acepta igual; no nos rechaza jamás.

c. CON NUESTROS SENTIMIENTOS HACIA JESÚS

Lo que viene a nuestra mente, lo que nace espontáneamente, aún los miedos e inquietudes por lo que se refiere al amor y a Jesús, Amor de nuestra vida, tiene su propio sentido.

Es preciso que caminemos con estos pensamientos, orando y

meditando, a la espera que Él obre de un modo pleno.

Hay cosas que debemos cuestionar, hay ciertas actitudes que duelen y hasta avergüenzan; sin embargo, están incluidas en el camino del amor que puede seguir creciendo, y de la unión cada vez más fuerte, pues, es la obra del Señor.

Lo que se refiere al Matrimonio, depende de los dos. Es difícil sanar las vivencias si los dos no luchan por ellas; si nos parece que se pueden superar sin la colaboración de los dos, es nuestro parecer; pero a lo largo de la vida, nos damos cuenta de que los frutos eran provisorios o sólo una ilusión. En el caso del Señor, Él siempre es fiel y nuestra parte tiene su bendición; entonces, podemos esperar un final feliz.

Miremos los problemas y las infidelidades en el contexto de la Gracia que nos supera; entonces, no nos detengamos tan sólo en la debilidad, sino que dejemos que la Gracia recorra en medio de las miserias, y que el Señor nos lleve a la altura de su Vida y de su Amor.

Es el modo de pensar y de sentir, el que debemos afianzar, a pesar de las dudas que pasan por nuestra mente y por nuestro corazón; por alguna razón, llegamos aquí, con esa realidad y con el Señor que nos hace resurgir en medio de la misma.

¿Qué camino toma mi vida?; ¿y cómo el Señor promueve el cambio en medio de mi corazón ansioso, aún débil y triste, hasta que la unión sea fresca, aún llevándonos en el mundo con mis confusiones y mis miedos?

Si no sé comprenderme, me queda esperar y confiar que todo tiene su sentido.

Estoy en el camino de revitalizar los vínculos del amor, y de hacerlos más frescos que nunca en mi vida; y eso me viene

luego de mis caminos equivocados, aún de mis rebeldías y mis culpas; es que el Señor es tan grande en mi vida.

Me quedo en paz, luego de la lucha, al haber vivido mucho miedo de que se iba a perder lo que me une al Señor.
Luego de ese tiempo, de correr sin saber hacia donde, estoy bien con el Señor de mi vida.

7. UNGIÓ SUS PIES

a. LA PARTE HUMANA

Al vivir en el mundo, lo que es del Señor está en medio del contexto humano que tiene sus principios; entonces, lo que hablamos de Jesús, tendrá su desarrollo en el contexto del mundo; no se puede hablar de su Vida aislada del mundo, ni del Amor aislado de lo que nos une con Jesús.

Jesús entra en el mundo con lo que es Él, con su Vida y con su Amor; es que toda su expresión tendrá los principios en el Señor, a la vez, como se hunde en el mundo, toda la realidad humana entra en su Vida y de Él, toma el giro hacia el Señor; es que la misma está presente en la Vida de Jesús.

Lo mismo con el hombre, que se acerca a Jesús. El hombre viene con lo que es él y su realidad; podría lograr sublimarse en el contexto de la Gracia, y aún estará incluida la parte humana, tanto en el caso de la mujer como en el del hombre; a ese aspecto humano hay que saber respetarlo, aún valorarlo.

Si uno rechaza la parte humana, o la desprecia y la descuida, en algún momento, ella se volverá contra nosotros, y no será nuestro amigo; pues, hay leyes que debemos respetar. Al contrario, quien la reconoce y la acepta, quien la ama y la valora, la realidad nos lleva a la sublimación, al crecimiento aún más grande.

La Vida y el Amor se expresan con lo que son en el espíritu, en el alma, en el cuerpo; no podemos estar divididos ni nos haría bien, actuar de un modo adverso a los principios. Ahora, me pregunto: ¿cómo lo vivimos en nuestro ser? ¿Cómo lo sentimos frente a Jesús?

¿Cómo estamos viviendo ante Jesús, la gran unión que nos constituye en todo lo que somos?

Sin ninguna duda, precisamos tiempo para vivir, sentir y aún soñar; las vivencias necesitan crecer en el tiempo; y lo que nos parece imposible, hay que esperar a que sea posible.

La unión con Jesús forma el Matrimonio espiritual, aún halla sus modos para expresarse; porque lo que nace en el espíritu y en el corazón, encontrará sus cauces; en algún momento, toda la vida comienza a vibrar con el Amor y la Entrega.

Es cierto que es un modo particular; otro nivel de expresarse, en medio del proyecto donde se realiza todo el ser, con sus sentimientos.

Se expresa de modo, que lo vemos, lo sentimos, lo vivimos; y quizás no sabemos definirlo, pero es real; en ese camino entramos luego de muchas luchas humanas que no sólo nos llevan a superarnos, sino que más bien, nos subliman para vivir en armonía con el espíritu entregado al Señor.

El mundo está ansioso por ver esta clase de imágenes; y si bien, en el principio aún desconfía, pues se guía con sus prejuicios, con el tiempo, lo ve mejor, se asombra, mientras que las imágenes le llegan transparentes.

Si el mundo cuestiona y hasta pregunta si eso tiene sentido, luego se anima a buscar, a seguir preguntando, más aún, en el tiempo de la crisis, cuando los valores parecen perdidos. Entonces, si hay valores, no se los puede negar bajo ningún precio; es que alguna vez, el mundo se asombra; si presiente lo puro y verdadero, se arrodilla con respeto.

b. UNA UNIÓN REAL

Vivenciamos la Unión con Jesús, ésa trascendental, y no se

la puede negar, al caminar en medio del mundo.

El Amor y la Unión con Él, aún tomarán sus expresiones concretas; como en el matrimonio, los hijos son frutos de la unión, la Unión con Jesús se va a expresar en una Vida real que nace cada día, y es grande.

Jesús habla de su Presencia en cada ser humano; dice que habría que transmitir el Amor y la Vida a todos sin excepción; así Él entra en la Vida que nace y crece cada día.

Si vivimos esa Unión con Jesús, es distinto nuestro modo de hablar y de actuar, mientras nos referimos al mundo y a los hermanos, partiendo de la Unión en Jesús.

Servir es darse, es ir entregándose; de este modo, podemos llegar a la gran entrega.

Aquí, hay un gran aprendizaje; si aprendemos a entregarnos, nuestra vida se hace como el río que se abre con lo que es. Pues, ¡qué grande es ver que el espíritu sigue dándose cada vez más, hasta poder soñar en una entrega plena.

Es el crecimiento que debemos buscar y por él, ir luchando, soñando, para que la vida sea entregada en el espíritu, y que cada actitud sea una prolongación del mismo.

Entonces, a cuánta vida llevan las actitudes y los servicios plenos del corazón.

Si en los cimientos está la Unión en Jesús, lo que hacemos será una creación, una nueva Vida que nace de la Unión; ya no será una cosa cualquiera, sino una nueva creación.

Es difícil imaginarnos esa realidad y su gran alcance, en la vida del mundo y de los hermanos, en medio de la vivencia con Jesús y la Unión con Él, cuando su obra aún sigue expandiéndose.

Jesús buscaba esa Unión; quiso tener a los enamorados de su

Vida, porque veía la gran felicidad para sus elegidos.
Él, no es quien quisiera usarnos para proyectar en el mundo; de todos modos, una vida entregada a Jesús, aceptada por Él, la que logra vivir plenamente la Entrega, se abre para estar en medio del gran Proyecto de la transformación del mundo, por medio de la Entrega.

María de Betania asiste a Jesús, cuando Él se prepara para la Plena Entrega; y ella lo vive en su corazón.
Quizás tienen sus caminos que parecen distintos y separados, pero están en el gran sendero de la Entrega; y de este modo, servirán a la humanidad.

María de Magdala caminará hasta la Cruz; pues allí, verá la Vida entregada hasta la muerte.
Ella también, entregará su vida por Jesús; luego saldrá hacia los hermanos y hacia el mundo, y anunciará la Resurrección.

María, la Madre, una vez más, entrega la Vida al mundo, esta vez, a Jesús que muere en la Cruz.
Es la hora más dolorosa para la Madre en este mundo, no hay otra como ésta; a la vez, es la de entregarse por Jesús, en una Entrega plena, para siempre.

¿Y qué puedo decir sobre la Entrega, mientras estoy unido a Jesús con el vínculo de la Unión Sagrada?
Me pregunto, pues quiero ver lo que aún no veo, para crecer en la Entrega.
No sé si debo apurarme para encontrar la respuesta; es que debe nacer bien, en mi corazón.

c. EL DESAPEGO

Una de las cosas que poco comprendemos es el desapego.
Es fácil hablar sobre el mismo, pero la lucha interior nos

confunde; es que, al desprendernos en el espíritu, la vida se suelta, se libera y se abre.

El Amor puro y la Entrega pura no nos atan; son como el Agua que viene de la fuente, se ofrece y aún, penetra en la profundidad del ser amado, y no se vuelve atrás; es que con este ofrecimiento está feliz y realizada.

El Amor puro no cuenta lo que entrega; tan sólo se entrega y se realiza; lo hace de modo, que no reclama que le devuelvan a lo que había entregado.

El Amor siempre arriesga; muchas veces, no correspondido o, por lo menos, no como debiese ser.

Mientras se ofrece, su fuente se llena de Agua; de este modo, se abre más aún.

¿Qué es el apego?; no lo sé.

Quizás, es la debilidad del ser que ama.

Por eso, se pega al ser amado de modo que allí, se queda con sus raíces; es como si quisiese que su vida se plantase donde llega, trasladando su fuente, toda su Agua.

No sé definir qué es el apego; sólo sé que hace mucho daño a los dos, al que da y al que recibe.

El apego cambia lo cristalino, aún puede llegar a ser turbio y confundido; se pierde la primera frescura de la vida y de la felicidad.

El apego hace sufrir, hasta provoca ciertas heridas, tanto en el que da como en el que recibe.

Y si hay que despegarse, las heridas sangran.

El apego es parte de la inseguridad, de las ansiedades.

Pienso en el pegamento entre las manos; con una mano saco lo que se le pega a otra mano, y cuando vuelvo a limpiarla, la primera lo recibe; pero, ¿hasta cuándo será así?

¿Cuántas de estas realidades contiene nuestra vida?

Quien llegase a comprender el apego, a la vez, lograrse ser paciente para esperar los cambios, y aún pudiese enfrentar el movimiento interior que duele, quizás lograría mucho en su crecimiento; mientras tanto, debe reconciliarse con lo que ha pasado y con tanto sufrimiento; aún debe librarse de dolor, de culpas, de vergüenza y de orgullo; pues hay que resolverlo alguna vez, por la gracia del Señor.

La vida, de vez en cuando, nos pone ante los seres con un Amor maduro, que no nos permiten pegarnos a ellos o, por lo menos, ellos se quedan libres, mientras nosotros crecemos; entonces, los golpes y el crecimiento son distintos, al poder enfrentarnos con la realidad que hasta parece cruel, en medio del crecimiento.

8. HEMOS CONOCIDO AL SEÑOR

¿Qué es lo que he vivido esta semana?

¿Qué es lo que pasa por mi corazón?

Seguramente, ciertas vivencias vienen y hay que tratarlas con mucho respeto.

¿Y si el Señor está en medio de lo que vivo y que presiento?

En medio de la vida espiritual, pocas veces comprendemos todo de antemano; es que vivimos tiempos de búsquedas, de cuestionamientos, de juicios apurados y de ciertas decisiones que quieren nacer; pero mañana viene otro día y aún vienen otros pensamientos y otras vivencias, a veces, distantes de lo que vivimos hoy; y lo de hoy, hay que respetar, porque tiene un sentido.

Entonces, ¿qué hacer?; ¿no es que haya que esperar?

Hablo de la vida que nace en el corazón, cada día; si bien, se encamina como la de una planta, la misma aún no conoce sus futuras formas; y aún la sorprenden los vientos y tormentas. A la vida interior que nace en el corazón, hay que vivirla cada día, hay que sentirla; aún ver los cambios y gozar de ellos; luchar y llorar; es que tiene tantos aspectos y tantas expresiones.

Deseo ver lo que pasa en mi corazón, luego de estos días de Gracia; quiero sentirlo, agradecido al Señor; por más que me doliesen algunas cosas, es un tiempo de mucha gracia; es que el Señor ha obrado de tantos modos en mi vida.

Es que vivir cada momento del Señor, a cada instante, sería la Vivencia que aún quisiera grabar en mi corazón; pues en medio de esta Presencia mi vida retoma la Fortaleza.

Si es que percibo la gracia en estos días, es porque mi vida

debe oxigenarse; ojalá retome su Fortaleza de modo que se sostenga.

¡Qué grande sería sentir el sostén del Señor, en lo que haga!

La paz es el sostén del Señor, es su Presencia que me guarda; entonces, las tormentas tienen su propio sentido.

Quien goza de la paz en medio de sus tormentas, es porque la Presencia del Señor llega a un nivel muy profundo.

Mientras el Amor del Señor envuelve nuestra vida, lo muerto y quebrado se transforma en una Vida resucitada.

En este camino transitamos por mucho tiempo.

Santa Rosa, 16 de dic. de 1995

1. Introducción	3
2. Dejarse mirar con la mirada del Señor	7
a. el silencio	7
b. la mirada de paz	9
c. ahora, hay que esperar	11
3. El corazón puro	13
a. ¿por dónde comenzar?	13
b. nace en el corazón	15
c. sigo soñando	16
4. Las tinajas no se quedan vacías	17
a. la misión	19
b. la semilla y la tierra	21
c. la transformación	23
5. Al servicio de la Vida, plenamente	25
a. al asumir la Vida	25
b. el árbol y la sombra	26
c. siendo feliz	28
6. Le acompañaron	31
a. ¿cómo hacerlo?	31
b. el esposo y la esposa	33
c. con nuestros sentimientos hacia Jesús	34
7. Ungió sus pies	37
a. la parte humana	37
b. una Unión real	38
c. el desapego	40
8. Hemos conocido al Señor	43

